

Festival del Cante de las Minas

Asensio Sáez,
pregonero
y profeta en su tierra

MARIANO ROCA

PREGONAR el Festival Nacional del Cante de las Minas, en La Unión, ha estado siempre reservado a personajes de amplia trayectoria intelectual y, en la mayoría de los casos, de renombre nacional, aunque también sea cierto que, en determinadas ediciones, los pregoneros, a la hora de correlacionar la mina y su cante no hayan ido más allá de la célebre rima «carro con barro», si comparamos el texto de sus pregones con los mediocres versos de cualquier poeta en ciernes. Quiere esto decir que no siempre se ha correspondido la erudición del pregonero con la exégesis espiritual del Festival, lo cual tampoco puede asombrarnos en exceso toda vez que los pregoneros, salvo las excepciones de rigor, por mucho bagaje literario que lleven auestas, si no están enraizados en el entorno geográfico y cultural del tema, suelen salir por peteneras, sabedores de que su nombre supone ya de por sí lo que pudiéramos denominar una garantía anunciada.

No es este el caso del pregonero en la presente edición: **Asensio Sáez García**. Es decir, todo un lujo. Veintisiete años han tenido que transcurrir hasta que los organizadores hayan reparado en este prolífico unionense, filósofo de nuestro tiempo, para glosar en la serena noche agostea y en el umbral del Festival, las grandezas del cante vernáculo y las miserias de la mina; miserias que, si bien tuvieron sus orígenes en tiempos pasados —aun cuando cercanos en el recuerdo—, todavía pervive toda una serie de connotaciones tan difíciles de erradicar como el hecho mismo de tener que ganar el pan con el sudor de la frente, pues para el minero poco o nada cuenta que nos hallemos instalados en la era de la cibernética, ya que mucho tendría que inventarse para llegar a conectar el pico a un ordenador. Y nadie mejor que Asensio Sáez, antropólogo unionense, juglar de Herrerías, maestro del claroscuro y el contraluz, además de serlo de Escuela, para, con sus pinceles verbales, recubrir de tonos áuricos los grisáceos matices del «quejío» y la galena.

Se consagra Asensio, de esta forma, como profeta en su tierra, situación tan difícil de reconocer generalmente a cualquier hijo de vecino, como merecida en este caso, si bien es preciso resaltar que, siendo alcalde de La Unión Antonio Sánchez Pérez, le fue otorgado el máximo galardón del Festival: el «Carburo de Oro». Y es que, desde su creación, el Festival y Asensio están unidos por una especie de cordón umbilical, que son la



Asensio Sáez

LA VERDAD

espátula y la pluma; una cuasi perfecta simbiosis entre el hombre y la ceremonia, del mismo modo que este intelectual y creador está imbricado, sencilla, silenciosamente, en cualquier acción que vaya encaminada a resaltar el nombre de La Unión, especialmente si discurre por cauces culturales.

No es Asensio Sáez amante de jolgorios y algaradas más o menos dogmáticas, como tampoco lo es de la frivolidad y el protagonismo. Su asistencia a determinados actos festivo-sociales, tan estúpidos y aburridos a veces, los mide con cuentagotas, naturalmente que a consecuencia de esa sencillez que lo caracteriza y que, sin jactancia alguna, le aflora en el mismo momento que inicia la conversación. Uno se siente verdaderamente dichoso de poderlo contar entre sus amigos y presume orgullosamente de ello, a la vez que experimenta una relajación de espíritu leyendo su obra, a caballo entre Ramón Gómez de la Serna y Juan Ramón Jiménez, en cuya prosa se desliza el fino humor que imprime esta tierra, siempre manejado con grandes dosis de delicadeza.

Observamos a menudo cómo muchas personas tienen éxito en la vida. Unas, porque se lo han ganado a pulso; otras, porque un golpe de suerte los ha situado de la noche a la mañana en la cresta de la ola. A este respecto, y según Albert Camus, no es difícil tener éxito. Lo difícil es merecerlo (sic). Pues bien, sinceramente creo que Asensio Sáez merece todo el éxito del mundo, y ahora que están al cabo del día los homenajes, algunas veces por motivos banales y discutibles, hora será de ir pensando en reconocerle públicamente a Asensio su gran obra y su continuo laborar por La Unión. Tal vez su único defecto radique en que todo lo haya hecho —lo haga— con cierta timidez. O sea, muy abonico.